

Hombres-mercancía

Por Isidoro Moreno

Parece que es ya un hecho que Authi será adquirida por la General Motors. De esta sencilla manera, el gigante de la industria automovilística norteamericana se habrá instalado en España en condiciones aún más favorables (para el capital yanqui, se entiende) que su paisana la Ford: menores compromisos de inversión, creación de menos puestos de trabajo, etc.

El negocio ha sido redondo tanto para la General, por los motivos antedichos, como para la British Leyland, que ha realizado una fabulosa jugada económica embolsándose 3.600 millones de pesetas a cambio de desprenderse de una empresa en situación casi ruinosa, que venía costándole últimamente un millón de libras al mes, según se dice.

Como es sabido, un consorcio formado por Seat-Fasa-Citroën (del que se retiró esta última) había entrado también en juego interesándose por la compra de Authi y llegando a realizar una oferta. Mucho se ha escrito últimamente sobre el asunto y no vamos a incidir de nuevo en argumentaciones ya conocidas. Pero, significativamente, hay un punto fundamental sobre el que apenas si hemos leído comentarios. Se trata del papel que en todo esto han tenido (o no se les ha dejado tener) los 4.500 trabajadores de la empresa. En pocos lugares hemos podido ver denunciado el hecho de que en todos los tiras y aflojas de «alta política económica», en el juego desatado de intereses, quienes realizan el trabajo no han tenido sitio ni oportunidad para hacerse oír, ni tan siquiera se les ha pedido o permitido que hablen.

La realidad es que cualquiera que sea el resultado final del asunto, estos miles de hombres pasarán, con la empresa, de uno a otro dueño, al igual que sucederá con las instalaciones, las máquinas y todos los demás bienes y mercancías de la misma. Y si no se hubiese «resuelto» el problema de la venta de Authi, se hubieran visto tan parados como las máquinas y la cadena toda de producción por decisión de la empresa, es decir, de acuerdo con el interés exclusivo de los capitalistas. Nadie les ha pedido opinión alguna. ¡Faltaría más! ¿Qué saben los soldadores, electricistas o administrativos de oficina sobre los misterios de la «alta» economía?, pensarán e incluso dirán impudicamente los que creen que unos hombres han nacido para tomar todas las decisiones importantes y el resto sólo para sufrirlas.

Al igual que los siervos de la gleba pasaban de uno a otro amo, junto con las casas, los castillos y la tierra, cuando ésta cambiaba de señor por conquista, donación o cualquiera otra causa totalmente ajena al interés de aquéllos, así ahora los obreros de Authi (como los de otras empresas en casos similares), de depender de la British pasarán a serlo de la General, como lo hubieran podido ser del consorcio nacional (?) Seat-Fasa-Citroën. Y de ello se enterará cuando sea ya un hecho consumado por las agencias de noticias, al igual que los siervos eran informados por los bandos públicos.

En los países con sistemas de democracia liberal, la mayoría de los hombres, como en el nuestro, han de alquilarse a quienes poseen las máquinas y otros medios de producción para poder vivir, pero como, en contraste con el nuestro, están reconocidas las libertades políticas, un caso como el que nos ocupa se hubiera desarrollado sin duda de distinta manera. Los trabajadores, ya que no decidir, sí al menos habrían podido presionar fuertemente para que en el trato entre las empresas no resultaran ellos de nuevo perjudicados respecto a la situación anterior. Habrían podido expresar abiertamente su postura, tras decidirla en reuniones y asambleas libres, y manifestarse a favor o en contra

de las diversas opciones que estuvieran discutiéndose a sus espaldas, incluso con la huelga si lo consideraran necesario.

Aquí esto no es posible, porque ni la huelga se halla legalizada ni está garantizado el ejercicio de los derechos de libre expresión, reunión y asociación. Claro, que quien quiera justificar el hecho aún podrá argumentar que menos derechos tenían los siervos de la gleba, que ni tan siquiera podían despedirse «libremente» si no les agradaba el nuevo amo. Pero los que corren son tiempos bien distintos, y esto no pueden ya negarlo ni siquiera quienes se empeñan en actuar como si no lo fueran.

Ello lo saben mejor que nadie los propios trabajadores. Así, los de Authi señalaron, en carta dirigida al presidente del Gobierno, que «tenemos el derecho y la necesidad de ser informados». Y muchos de ellos declararon explícitamente a un periodista: «nos sentimos una *mercancía* que está siendo negociada y que se encuentra impotente para actuar y tomar parte».

La declaración anterior apenas si necesita comentario y refleja perfectamente el grado de justicia social que, a pesar de quienes puedan decir otra cosa, existe hoy en el país. Pero cuando la mercancía humana toma conciencia de serlo y comienza a reclamar su derecho a actuar e intervenir, existen ya las bases para que un día deje de serlo.

Es evidente, pues, la diferencia entre las dos siguientes situaciones: una en que los hombres-mercancía tengan graves dificultades incluso para tener conciencia de tales, al serles impedido defender sus intereses, asociándose y planteando sus reivindicaciones abiertamente, y otra en que ello sea posible al estar reconocidos los derechos democráticos. La diferencia es primordial, porque incide directamente en la posibilidad de crear las condiciones favorables para que la mayoría de los hombres puedan dejar de ser mercancías de otros hombres.

(4-I-1975)